



www.loqueleo.com/es

Título original: THE TWIST

© 1980, Roald Dahl Story Company.

Roald Dahl es una marca registrada de The Roald Dahl Story Company Ltd.

© 1980, Quentin Blake

© De la traducción: 1985, Maribel de Juan

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-126-5

Depósito legal: M-37.666-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Quinta edición: enero de 2020

Más de 17 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los Cretinos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleg

Para Emma

Caras peludas

¡Qué cantidad de hombres barbudos hay a nuestro alrededor hoy día! 9

Cuando un hombre se deja crecer el pelo por toda la cara es imposible adivinar qué aspecto tiene.

Puede que lo haga por eso. Seguramente prefiere que no lo sepas.

Además está el problema del aseo.

Cuando los muy peludos se lavan la cara, debe de ser para ellos un trabajo tan grande como cuando tú y yo nos lavamos la cabeza.

Lo que me gustaría saber es esto: ¿con qué frecuencia se lavan la cara estos barbudos? ¿Solo una vez a la semana, el domingo por la noche, como nosotros? ¿Usan champú? ¿Usan

secador de pelo? ¿Se dan fricciones con una loción tonificante del cabello para que la cara no se les quede calva? ¿Van a la barbería para recortarse y arreglarse la barba o lo hacen ellos mismos con unas tijeras mirándose al espejo del cuarto de baño?

10 No lo sé. Pero la próxima vez que veas un hombre con barba (lo cual sucederá probablemente tan pronto como salgas a la calle) seguramente lo mirarás más de cerca y empezarás a preguntarte acerca de estas cosas.

El señor Cretino

El señor Cretino era uno de estos hombres barbudos. Toda su cara, a excepción de la frente,

11



los ojos y la nariz, estaba cubierta por un espeso cabello. El pelo le salía en repulsivos matosjos incluso de los agujeros de la nariz y de las orejas.

12 El señor Cretino creía que esta pelambarrera le daba un aspecto de gran sabiduría y majestuosidad. En realidad no tenía ninguna de las dos cosas. El señor Cretino era un cretino. Había nacido cretino. Y ahora, a los sesenta años, era más cretino que NUNCA.

El cabello de la cara del señor Cretino no crecía suave y rizado como el de la mayoría de los barbudos. Crecía en forma de espigas que brotaban tiasas como las cerdas de un cepillo de uñas.

¿Y con qué frecuencia se lavaba el señor Cretino la cara poblada de cerdas?

La respuesta es NUNCA, ni siquiera los domingos.

No se la había lavado desde hacía muchos años.

Barbas sucias

Como tú sabes, una cara normal, sin barba, como la tuya o la mía, simplemente se pone un poco churretosa si no se lava bastante a menudo, y no hay nada horrible en eso.

13

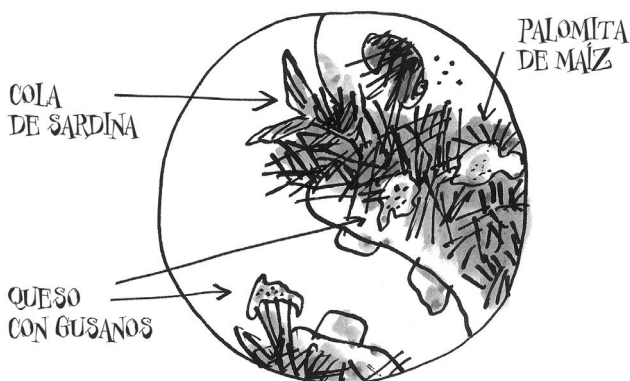
Pero una cara con barba es algo muy diferente. Las cosas se pegan a los pelos, especialmente la comida. Las salsas, por ejemplo, se meten entre los cabellos y se quedan allí. Tú y yo podemos frotar nuestras caras lisas con un paño y rápidamente volvemos a tener un aspecto más o menos limpio, pero los barbudos no pueden hacer lo mismo.

También podemos, si tenemos cuidado, comer sin desparramarnos la comida por la cara. Pero los hombres con barba no pueden. La pró-

xima vez que veáis a un hombre con barba comiendo, observadlo detenidamente y veréis que, incluso abriendo la boca desmesuradamente, le es imposible tomar una cucharada de estofado o de helado de vainilla y chocolate sin dejar algún trocito entre los pelos de su barba.

14 El señor Cretino no se molestaba ni siquiera en abrir mucho la boca cuando comía. Por eso (y





porque nunca se lavaba) siempre había cientos de restos de viejos desayunos, comidas y cenas pegados a los pelos y distribuidos por toda la cara. Pero, eso sí, no eran trozos grandes, ya que acostumbraba a restregárselos con el dorso de la mano o con la manga mientras estaba comiendo. Si lo mirabas de cerca (cosa poco apetecible) podías ver pegadas a los pelos pequeñas motitas secas de huevos revueltos, de espinacas, de salsa de tomate, escamas de pescado, picadillo de hígados de pollo y todas las otras

cosas desagradables que al señor Cretino le gustaba comer.

16 Si mirabas más de cerca todavía (tápense bien las narices, señoras y caballeros), si escudriñabas entre las cerdas del bigote que le brotaba sobre el labio superior, probablemente hubieras visto cosas más grandes que habían escapado a los restregones de su mano; cosas que llevaban allí meses y meses, como, por ejemplo, un trozo de queso verde con gusanos, o una vieja y mohosa palomita de maíz o incluso la cola grasienta de una sardina de lata.

Por todo ello, el señor Cretino nunca pasaba realmente hambre. Sacando la lengua y curvándola para explorar la jungla de pelos alrededor de su boca, siempre podía encontrar un sabroso bocado que mordisquear.

Lo que estoy intentando explicarte es que el señor Cretino era un viejo cochino y maloliente.

También era un viejo extremadamente horrible, como descubrirás dentro de poco.